

Psique: Abuso sexual en la niñez

Domestic sexual abuse in childhood

Ricardo García-Jaime (1972, mexicano, Universidad Pedagógica Nacional, México)

rgjaime@hotmail.com

Resumen

El abuso sexual en la niñez se presenta en dos grandes modalidades: el abuso sexual familiar (también conocido como incesto), y la explotación sexual comercial de niños/as y adolescentes (conocida como trata de personas con fines sexuales). Ambas modalidades afectan a millones de niños/as en todo el mundo. El objetivo de este artículo es ofrecer una panorámica en torno al abuso sexual que ocurre al interior de las familias. Para ello se revisan algunos conceptos en torno al abuso, sus principales manifestaciones, así como sus consecuencias a corto y largo plazo. Se presentan también tres modelos de atención psicológica del abuso; uno centrado en la atención individual, otro en la familiar; y el tercero es un modelo integrador, que se propone abarcar el ámbito individual, familiar y social. La intención del texto es coadyuvar en la sensibilización hacia un fenómeno de gran incidencia en el ámbito nacional, y enfatizar en la responsabilidad de los adultos (profesionales o no) de intervenir para prevenir el abuso.

Palabras clave: abuso sexual, incesto, intervención, prevención

Recibido: 18-05-2013 → **Aceptado:** 27-06-2013

Cítese así: García-Jaime, R. (2013). Abuso sexual en la niñez. *Boletín Científico Sapiens Research*, 3(2), 13-17.

Abstract

Sexual abuse in childhood is presented in two main ways: sexual abuse within the family, also known as incest, and sexual exploitation of children and adolescents, known as trafficking for sexual purposes. Both forms affect millions of children worldwide. The aim of this article is to give an overview about the sexual abuse that happens in families. This article reviews some concepts about the abuse, its main manifestations and the impact in short and long term. It also presents three models of psychological abuse, one focused on individual attention, the second in the family and the third, an integrative model that seeks to encompass the individual, family and social sphere. The text is intended to assist in the awareness of a phenomenon of great impact on the national level, emphasizing the responsibility of adults, professionals and non-professionals who intervene to prevent abuse.

Key words: incest, intervention, sexual abuse, prevention

Introducción

El abuso sexual familiar acontecido durante la niñez es un fenómeno multidimensional y multifactorial que, contrario a lo que se suele creer, tiene gran incidencia en el ámbito nacional y ante el cual distintos sectores de la población permanecen insensibles, dado que no lo reconocen, estudian o contrarrestan. Un alto porcentaje de personas que viven este tipo de abuso son niños/as pertenecientes a sistemas familiares específicos, para quienes el abuso se convierte en una de las experiencias sexuales más traumáticas y negativas, mayor que las infecciones de transmisión sexual

adquiridas en la adultez, el embarazo no deseado o incluso el abuso sexual cometido por personas desconocidas (McCary, 2000). La infancia y niñez son las etapas donde se presenta el mayor número de abusos sexuales, seguida de la adolescencia. Los abusos pueden presentarse desde temprana edad (1 o 2 años) y prolongarse hasta por 9 o 10 años (Kempe, 2004). Las huellas del abuso sexual no siempre son físicamente visibles ni inmediatas. Frecuentemente llega a descubrirse a través de embarazos, infecciones de transmisión sexual, fugas de casa, fobias, etc., es decir, mediante eventos que por su magnitud suelen rebasar el control de la familia y llegan a manos de personas que contribuyen a su reconocimiento público. El abuso sexual familiar se considera una experiencia no deseada, que atenta contra la autoestima, la confianza en los otros y la sexualidad. Es una acción con secuelas afectivo-sociales que pueden prolongarse por años y, en ocasiones, durante toda la vida. Se trata entonces de una de las manifestaciones más intolerantes hacia el desarrollo humano.

Caracterización

El abuso sexual familiar se refiere al contacto sexual entre miembros de la misma familia. Incluye no solo el coito sino también la masturbación mutua, el contacto manual-genital, oral-genital, el exhibicionismo y las posiciones sexuales. Se trata de una agresión contra el desarrollo psicológico del niño/a, que se produce en contra de su voluntad, afecta su bienestar, viola sus derechos y sirve exclusivamente para satisfacer las necesidades del adulto (Besten, 2001).

Frecuencia

En Estados Unidos se estima que 1 de cada 5 niñas y 1 de cada 11 niños han sido víctimas de abuso sexual, y que son los ofensores, en su mayoría, miembros de la familia, tales como padres, padrastros, hermanos/as, primos/as y abuelos, por lo que concluyen que 1 de cada 3 niñas y 1 de cada 7 niños han sido víctimas de incesto (Finkelhor, 2008). En Canadá, 1 de 3 tres niños fue agredido sexualmente en su niñez, ya por familiares o por personas desconocidas (Covac-Unicef, 1995) y en Alemania se considera que anualmente se denuncian alrededor de 300.000 casos, de lo cual se estima que detrás de cada caso reportado existen 20 o más que no se denuncian o se clasifican en otra categoría delictiva (Besten, *op. cit.*). En México resulta complicado esclarecer la incidencia de abuso sexual debido a la cultura de la no denuncia. El panorama que presentan algunas investigaciones (antiguas en su mayoría) muestra que el 80%-90% de los menores agredidos son mujeres y que la agresión proviene en un 90%-97% de un varón. Se establece también que en el 47,5% de los casos conocidos el agresor tiene parentesco consanguíneo con la víctima destacando el padre, los tíos, hermanos y sobrinos. Se reporta que en el 62,1% de los casos la agresión se prolongó durante meses o años y que el promedio de edad de las víctimas eran los 10 años. Por otra parte, se estima que los casos denunciados corresponden a un 10%-25% de la totalidad de los abusos y que el restante 75%-90% de las agresiones permanecen ocultas o sin denunciar (Rodríguez y Aguilar, 1997; Aguilar y Mayen, 1996;

Abdalá y Cols. 1994; Covac-Unicef, 1995). Datos recientes muestran que las estimaciones anteriores mantienen su vigencia. En febrero de 2007, personal del Instituto Nacional de Pediatría indicó que niños/as de 2 a 12 años son los más propensos al abuso sexual, y mencionan también que en el Distrito Federal se denuncian mensualmente 350 casos de delitos sexuales, de los cuales el 50% son perpetrados en menores de edad. El Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) y UNICEF reportaron que durante 2008, 20.000 niños/as vivieron abuso sexual (El Universal, 2008), en tanto que la Procuraduría General de Justicia del D.F., reportó que, entre 2005 y 2008, 1.881 menores de edad fueron víctimas de abuso sexual y 1.861 de violación, y se especificaba que las agresiones ocurren, en su mayoría, al interior de los hogares y por agresores vinculados con los menores agredidos (El Universal, 2010).

Manifestaciones del abuso sexual en la niñez

Saller (en Besten, *op. cit.*) clasifica los distintos tipos de abuso sexual en tres categorías:

1. **Manifestaciones evidentes:** relaciones sexuales genitales orales (cunilingus, felación); penetración en el ano del niño/a con dedos, pene u objetos extraños; penetración en la vagina de la niña con dedos, pene u objetos extraños.
2. **Otras manifestaciones:** tocamientos o manipulación de los genitales del niño/a; obligar al niño a tocar los genitales del agresor a veces bajo la apariencia de juego; masturbación en presencia del niño/a; obligar al niño/a a masturbarse en presencia del agresor; frotamiento del pene contra el cuerpo del niño/a; hacer fotografías o películas sexualmente explícitas del o con el niño/a.
3. **Abusos sexuales incipientes:** mostrarse desnudo delante del niño/a; mostrar los genitales al niño/a; revisar/dar el visto bueno al cuerpo del niño/a; observar al niño/a desvestirse, bañarse frente a él; besar al niño/a de forma muy íntima.

De estas manifestaciones, la que recibe mayor atención es la que involucra a padre e hija. Según Finkelhor (*op. cit.*), este abuso suele incluir violencia verbal con contenido sexual, exhibicionismo, espiar a la niña, tocarle los senos, nalgas, genitales, besos en la boca, exhibición de material sexualmente explícito, froteurismo, pedir a la niña que lo masturbe, contactos bucogenitales, introducción de dedos u objetos en ano o vagina de la niña y en menores ocasiones, coito.

Kempe (*op. cit.*) asegura que el abuso sexual entre padres-hijas constituye aproximadamente el 75% de los casos y que el abuso sexual entre madres-hijas(os), hermanos/as, etc. constituyen el 15% restante. Otros autores cuestionan si el abuso entre padres-hijas es realmente el más frecuente, ya que consideran que el que acontece entre hermanos-hermanas es más común, pero que no recibe la misma atención debido a que (1) no crea una crisis mayor en el sistema familiar, (2) involucra a menores, lo cual no rebasa la línea generacional de las familias, (3) no involucra directamente a un miembro del subsistema conyugal y (4) se descubre con menor frecuencia. Entre los autores que defienden esta perspectiva se encuentra McCary (*op. cit.*), que propone que el 20% de los casos de abuso sexual involucra a padre e hija, y que es el más traumático por implicar un ataque directo a los vínculos familiares de confianza. Según el autor, el abuso padraastro-hijastra ocupa otro 15%-20% y el 65% restante involucra a hermanos, hermanas (contactos hetero y homosexuales), tíos, hermanastros/as, abuelo/a.

Consecuencias del abuso sexual en la niñez

El abuso sexual es un evento cuyas consecuencias van desde recuerdos asociados a poca o ninguna carga emotiva negativa, hasta trastornos que impiden el desarrollo personal, afectivo, vincular, sexual y social. La huella que deja depende de múltiples factores: características personales del niño/a, circunstancias bajo las que se dio la agresión, quién fue el agresor, apoyo recibido, sexo de la víctima, duración de la agresión, entre otros. De cualquier modo, el abuso sexual afecta la vida de las personas y erradicar sus secuelas resulta difícil y a veces imposible. Se sabe que tiene consecuencias físicas y psicológicas, así como también que las más difíciles de tratar son las segundas, dado que pueden aparecer días, meses o años después. Para su identificación, las consecuencias pueden agruparse en cuatro grandes rubros (García y Raya, 1998):

- a. **Manifestaciones físicas:** lesiones en genitales o ano, fisuras, desgarrros, mordidas, inflamación, sangrado, dolor al orinar, presencia de sangre en la orina, hematuria, estreñimiento, estrías a causa de golpes, hemorragias, flujo en la región genital, etc.
- b. **Manifestaciones emocionales y comportamentales:** depresiones, sentimientos de culpa, miedo a ser descubierto, disminución de la autoestima, aislamiento, miedo a personas, lugares o situaciones específicos, incapacidad para decidir sobre el propio cuerpo, sobre quien lo toca, cómo o cuándo, pérdida de apetito, problemas en el control de esfínteres, trastornos del sueño, terrores nocturnos, comportamientos regresivos (sobre todo en menores de cinco años), estados de pánico, brotes de angustia, miedo, fracaso escolar, aumento o pérdida repentina de peso, sensación de impotencia, aislamiento, mutismo, enuresis, anorexia, bulimia, dolores sin causa aparente, uso o dependencia de drogas o alcohol, entre otras.
- c. **Manifestaciones sexuales:** embarazo, infecciones de transmisión sexual, actividades sexuales precoces, masturbación compulsiva, excesivo interés por el sexo, conversaciones relativas a temas sexuales, pasatiempos continuos con juguetes o compañeros sexuales, etc.
- d. **Manifestaciones crónicas:** cuando las situaciones antes descritas no son atendidas o se hace mucho tiempo después, se puede encontrar disfunción sexual general, fobias, intento suicida, comportamiento psicótico, depresión crónica, aislamiento social, enfermedades psicosomáticas, uso de seducción para iniciar amistades, incapacidad para conseguir experiencias sexuales satisfactorias, entre otras (Covac-Unicef, 1996; Abdalá y cols., 1994 y Kempe, 1985).

Por lo general, las consecuencias más profundas son las relacionadas con el control y la expresión de emociones. Lo que permanece indeleble es una profunda incapacidad para confiar en las personas, específicamente en las que tienen el mismo sexo que quien abusó de ellas/os, piensan que lo que los buscan les generan una gratificación sexual, lo cual es comprensible, pues las bases para entablar y mantener relaciones afectivas en la vida adulta se fundamentan en la forma y estructura de las relaciones que mantenemos con nuestros padres. A partir de esa relación básica de confianza, caracterizada por la protección y expresión del afecto, se cultiva durante la vida la potencialidad de crear amor y amistad. Lo que se destruye en el abuso sexual no es una membrana, ni la continuidad de la piel, se trata de la destrucción de un cimiento psicológico fundamental del individuo, necesario para su posterior desarrollo como ser humano. Por eso, muchas mujeres sobrevivientes de abuso sexual hablan de cómo el abuso afectó su autoimagen y su autoestima; de cómo durante años se

sintieron feos, pecadoras, humilladas, estigmatizadas, inseguras, diferentes, responsables de provocar lo sucedido y culpables del abuso.

En los varones, las consecuencias pueden verse agravadas, ya que, aunado a la pérdida de confianza en las personas y el desfase en su desarrollo psicosexual, los niños (1) se reservan más la expresión del abuso y muestran mayor miedo a comentarlo, probablemente porque introyectaron la idea de que el hombre debe ser fuerte y por la crítica de no haber sido capaces de defenderse (Finkelhor, Fritz, Wagner y Stoll; en Sullivan, 2004), (2) cuando el agresor fue un varón, se rehúsan a hablar por miedo a que se les considere homosexuales, de hecho, el abuso puede crearles confusión en cuanto a su identidad sexual, y (3) reprimen más el evento y sus consecuencias, razón por la que se alejan del apoyo profesional y sus beneficios concomitantes. Entonces, ¿cómo se explica la diversidad de consecuencias del abuso en sus sobrevivientes?, ¿de qué depende la pronta recuperación o la presencia de secuelas a lo largo del ciclo de vida de algunas personas?, ¿qué papel juega el género en las consecuencias del abuso sexual? La literatura ofrece ideas para responder estas preguntas:

- a. El trauma está directamente vinculado con la calidad de relación entre el niño/a y el agresor: (1) entre más cercana sea la relación (en lo psicológico), mayor es la violación a la confianza y seguridad del niño; (2) entre más cercana es la relación, mayores alteraciones se presentan en la dinámica familiar a causa de la actividad sexual y su descubrimiento; y (3) entre más cercana es la relación, es más grande el tabú infringido y, por ende, la posibilidad de experimentar sentimientos de culpa por haber participado en el abuso sexual (Groth, en Finkelhor, *op. cit.*).
- b. Las experiencias que involucran violencia física o psicológica (en contraposición de aquellas mediadas por la seducción o el engaño) son más traumáticas. Ello se explica porque los niños/as de mayor edad, debido al conocimiento de tabúes y a su fuerza, se defienden, lo cual incrementa la posibilidad de ser sometidos por la fuerza.
- c. A mayor madurez en el niño/a, más traumática será la experiencia. Esto ocurre así debido a que los niños/as de menor edad tienen poca consciencia de que infringen una prohibición, pues su moral sexual está en desarrollo y pueden no comprender del todo lo que están haciendo. Esa "inocencia" puede protegerlos de represiones psicológicas, por lo menos hasta que adquieran consciencia total del hecho. Los preadolescentes y adolescentes tienen mayor conocimiento de lo que pasa y experimentan mayor culpabilidad, mayor autocritica y autodevaluación (Sunmit y Kryso, 1978; Mc. Farlane, 1978; Sloane y Karpinski, 1942, en Finkelhor, *op. cit.*).
- d. La diferencia de edad entre agresor y agredido es importante en relación al trauma y sus consecuencias. Cuando los involucrados son casi de la misma edad, el evento es menos impactante que si el agresor tiene cinco, diez o más años.
- e. El sexo del agresor también se relaciona con el trauma. En general, las agresiones cometidas por varones son más negativas que las perpetradas por mujeres, no importa cuál sea el sexo de la víctima. Tal vez porque los agresores varones utilizan con mayor frecuencia la fuerza física para someter al niño/a (Finkelhor, *op. cit.*).
- f. Las experiencias homosexuales suelen ser más traumáticas en los niños debido a que (1) se rompe el tabú de relaciones con personas del mismo sexo, (2) el niño experimenta que los límites de su cuerpo y su sentido de masculinidad se han profanado, (3) los niños tienen mayor

riesgo de verse sometidos a actividades con mayor intencionalidad orgásmica, penetración anal y felación, (4) al resistir la agresión, tienen mayor probabilidad de ser sometidos mediante violencia física o humillaciones y (5) es menos probable que el niño denuncie y busque ayuda psicológica (Finkelhor, *op. cit.*).

- g. El trauma dependerá de qué tan elaborada sea la actividad sexual; la forma menos elaborada es el exhibicionismo, la más elaborada, el coito.
- h. La manera como reaccionen los adultos significativos para el niño/a ante la confesión del abuso (castigadores, incrédulos, culpando, etc.) también tiene relación con sus consecuencias.
- i. Si el niño/a participa activamente en la experiencia y la disfruta, sentirá mayor culpabilidad y sentimientos negativos.
- j. Entre más tiempo se prolongue la experiencia, mayores serán sus consecuencias.

Modelos de intervención para el abuso sexual en la niñez

Pese a su frecuencia y a tratarse de un hecho que ha acompañado a la humanidad desde tiempos pretéritos, el estudio del abuso sexual en la niñez es un evento relativamente reciente en la psicología que, a diferencia de otros fenómenos, ha encontrado resistencias personales (propias del sistema de valores de quienes lo investigan) así como socioculturales, no solo porque invade terrenos considerados tabúes sino también porque hace evidente la cotidianidad con que las prohibiciones son transgredidas, aspecto que muchos desean seguir ocultando y alejando de quienes con más frecuencia son involucrados en estas relaciones: los niños/as.

Fue a partir de 1950 que se desarrollaron modelos y teorías sistematizadas para explicar el origen, causas, modalidades o consecuencias del abuso sexual en la niñez, y se dedicaron algunas al abuso intrafamiliar, otras al perpetrado por extraños. Esos modelos, además de verse limitados en su desarrollo por la aceptación social, enfrentaron la poca comunicación y comprensión existente entre las diversas escuelas de psicología, ya que en no pocas ocasiones, cada una consideraba que sus explicaciones y conclusiones eran verídicas, con lo cual minimizaban las aportaciones proporcionadas desde otros modelos. De entre estos modelos, el más divulgado en el estudio de los abusos sexuales es el "víctima-perpetrador", ampliamente usado por enfoques clínicos psicológicos (conductismo, psicoanálisis, neuropsicología), psiquiátricos y criminológicos. Desde esta visión, las agresiones sexuales se conciben como acciones unilaterales, iniciadas, promovidas y realizadas por un adulto desequilibrado que ejerce poder sobre un menor que es víctima de sus actos. Las aportaciones derivadas de este enfoque han contribuido en la conformación de perfiles de los agresores, y se destacan rasgos de personalidad, trastornos mentales, hábitos y costumbres de estas personas (Cooper y Cormier, 1982; Gebhard y cols., 1965; Raphling, Carpenter y Davis, 1967, en Sullivan, *op. cit.*). También han ofrecido información de algunas características de las madres y los niños/as víctimas de abuso (Sullivan, *op. cit.*; Abdalá, *op. cit.*).

Un segundo modelo con trascendentes consideraciones es el sistémico. A diferencia del anterior, este se enfocó específicamente al abordaje del abuso sexual familiar. Desde este modelo, el abuso sexual no es responsabilidad exclusiva de una mente perversa, sino la manifestación de una problemática familiar, de una crisis en dicho sistema y, por ello, el abuso sexual no es la causa, sino la expresión de la caótica realidad familiar, por lo que la responsabilidad de los hechos no recae solamente en alguno de

sus miembros, sino que, de algún modo, todos la comparten, y son al mismo tiempo victimarios y víctimas del abuso (Andolfi y Zwerling, 1993; Trepper y Barret, 1989). Desde la perspectiva sistémica, la presencia de abuso sexual en las familias va más allá de la patología del agresor y la fragilidad de la víctima, así como también de intervenciones donde un individuo (víctima o agresor) son el eje de la atención. La intervención sistémica encuentra particular importancia en la interacción de todos miembros del sistema familiar y en las cualidades de sus relaciones cotidianas, con lo cual se evidencia la contribución de cada uno en la aparición y mantenimiento del abuso sexual. Este modelo propone analizar las triadas, límites interpersonales, límites intergeneracionales, comunicación entre subsistemas, roles, jerarquías, entre otros. Un tercer modelo es el ecosistémico (Trepper y Barret, *op. cit.*). Desde esta visión no solo se atiende lo acontecido al interior de la familia, tanto en lo individual como en lo interaccional, sino que se advierte la relación que guardan los abusos sexuales con el contexto socioambiental de las familias, a fin de reconocer la influencia del medio en ellos, por lo cual plantean la conveniencia de abordar el abuso sexual desde un enfoque circular y multidimensional (ver figura 1).

Figura 1: Niveles de intervención del modelo ecosistémico



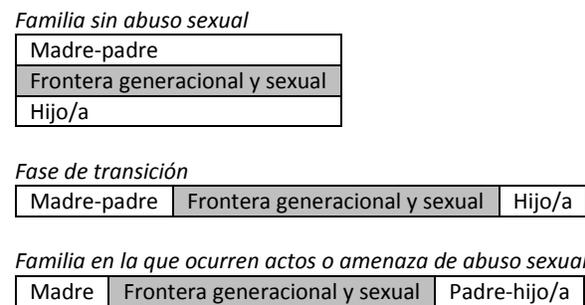
Tal como se esquematiza en la figura 1, cada nivel funciona como un holón que (aun cuando puede ser estudiado individualmente de manera exitosa y ofrece un panorama más enriquecedor al atenderlo como un sistema, que presenta organización, jerarquía y relaciones activas con el medio, lo cual remite a la idea de L. von Bertalanffy: el todo es más que la suma de sus partes (Bertalanffy, 1984)). Este modelo reconoce la existencia de tres estructuras relacionadas con el abuso sexual, que interactúan al interior del sistema familiar: el nivel interno, el familiar y el cultural o social.

- Nivel interno:** es el más difundido y se caracteriza por atender de manera aislada a los/as agresores, las víctimas del abuso y a los/as co-agresores (generalmente las madres). Buena parte del conocimiento existente en torno al abuso se debe a investigadores/as adscritos a este nivel.
- Nivel Familiar:** aquí se ubican las aportaciones hechas por los teóricos de la familia. Ante todo reconoce que el sistema familiar no es sencillo de abordar dado que cada familia es distinta, lo que lleva a comprender que el abuso también será diferente en sus manifestaciones

y finalidades. Desde este nivel se explica que en los sistemas familiares con abuso sexual, la estructura de la familia sufre una serie de modificaciones que alteran las fronteras generacionales, los límites y los roles de padres e hijos (ver figura 2). Pese a la diversidad de familias, los sistemas familiares donde aparecen estas modificaciones muestran consistencia en características como ser cerrados o aislados, tener sus canales de comunicación bloqueados y utilizar el secretismo como elemento del sistema familiar.

- Nivel cultural:** este nivel es (todavía) el menos explorado por la psicología. Hace referencia a cómo la sociedad, la cultura y el momento histórico crea particulares representaciones mentales del mundo y cómo influyen en la formación y consolidación de patrones de interacción sexual dentro y fuera de las familias. El modelo ecosistémico propone el abordaje del abuso sexual desde los tres niveles.

Figura 2: Modificación de la estructura familiar en sistemas familiares con abuso sexual (en Trepper y Barret, *op. cit.*)



Conclusiones-discusión

El abuso sexual en la niñez es una realidad que, dada su frecuencia y consecuencias, precisa acciones por parte de la sociedad en general y de manera específica por distintos profesionistas. Hay que partir del hecho de que los adultos, especialistas o no, somos responsables de intervenir para que el abuso deje de concebirse como algo tolerable que debe permanecer oculto bajo la sombra de la familia.

En el ámbito de la psicología, en sus tradiciones social, clínica, educativa y ambiental se cuenta con un vasto campo de intervención en situaciones de abuso sexual. Las acciones preventivas sean primarias (dirigidas a toda la población (niños/as, madres, padres de familia, abuelos/as, docentes, médicos, jueces, etc.) con el propósito de evitar la aparición del abuso sexual), secundarias (orientadas a evitar la experiencia del abuso entre quienes, por distintas condiciones, muestran mayores probabilidades de vivirlo) o terciarias (enfocadas al tratamiento familiar o individual de quienes han sido abusados) ofrecen valiosas opciones no sólo para disminuir las tasas de abuso sexual en niños/as sino también para ofrecer a millones de personas en todo el mundo un desarrollo social, afectivo y erótico gratificante.

Para otros profesionales, el abuso sexual también es un campo fértil de intervención. En las ciencias de la educación, el trabajo con el diseño de programas para los ámbitos formal e informal ofrece la posibilidad de llegar a millones de niños de zonas urbanas y rurales. Abogados/as y otros especialistas pueden a través de códigos y reglamentos, garantizar derechos entre quienes viven con más frecuencia este tipo de abusos. Perio-

distas y comunicólogos/as tienen en sus manos los medios para visibilizar el abuso y crear conciencia de sus efectos.

Las estrategias y técnicas para intervenir son muchas: trabajo de sensibilización en comunidades, talleres de prevención de abuso, grupos terapéuticos para sobrevivientes, de obras de teatro, campañas publicitarias, cuentos, novelas, artículos y folletos informativos, juegos de mesa, programas de realidad virtual, etc. Dependerán de la creatividad y los recursos de las personas. Lo vital es la intervención para cambiar una realidad que marca y limita a millones de personas en todo el mundo.

Reflexión de la coeditora de sección Miriam Pardo Fariña: el autor ofrece una visión panorámica acerca de la problemática del abuso sexual que acontece, principalmente al interior de las familias. La faceta descriptiva del artículo en orden a estadísticas y a las manifestaciones de este flagelo en la niñez y la adolescencia proporciona una buena síntesis para el lector. Del mismo modo, las consecuencias enumeradas y explicadas acerca del abuso sexual en la niñez, también ofrecen una buena compilación de la problemática. Todo esto en su conjunto se constituye en un referente necesario para la comprensión del abuso sexual con el fin de poder favorecer la prevención y la detección precoz de este problema tan frecuente. Además de la presentación y descripción del problema, el autor se centra en algunos modelos de intervención aplicados en torno al abuso sexual en la niñez, como el que considera el binomio víctima y perpetrador; el modelo sistémico y el modelo ecosistémico, lo cual brinda una breve síntesis de cada uno de estos. De acuerdo a lo señalado anteriormente, el artículo se constituye en una buena síntesis acerca del problema del abuso sexual infantil, lo que podría considerarse como una primera aproximación al problema, ya que se mencionan muchos tópicos, sin profundizar en ninguno en particular, pero incluyendo los modelos de intervención brevemente explicados y algunos que solo fueron enunciados dentro del campo de la educación, la comunicación y otros. Sería interesante plantear en un nuevo artículo algunas de las temáticas desarrolladas, y quizás la más importante de aquellas sería el énfasis que pudiera proporcionarse en orden a la prevención y detección precoz del problema, lo que al tratarse de un ámbito dentro de la prevención primaria requeriría de políticas públicas para enfrentar un problema que atañe a nuestras sociedades de manera alarmante y en donde resultaría propositivo presentar modelos de intervención tendientes a proteger a la niñez y adolescencia de este flagelo.

Reflexión de la coeditora de sección Alejandra Ojeda-Sampson: el autor inicia su reflexión con un punto que a mi parecer debería ser el foco de la discusión: el abuso sexual en la niñez no es un problema de la familia; es un problema de dimensiones sociales. Es decir, no compete a la familia abordarlo o solucionarlo, sino que, por su impacto en la vida futura de los miembros de esta y por el porcentaje de incidencia en la vida cotidiana, se convierte en un aspecto de salud pública y, por lo tanto, de abordaje institucional. No obstante lo anterior, considero que la gran aportación del artículo es su capacidad de síntesis al mostrar los principales factores que conforman el abuso sexual en la niñez, las reacciones distintas dependiendo la edad y género de la víctima, así como los elementos familiares que inciden o se ven afectados por esta conducta. De igual manera, se observa una clara aproximación a los distintos abordajes terapéuticos que hasta ahora se llevan a cabo por los profesionales ante una situación de esta naturaleza. El autor no toma una posición ante ninguno de los aspectos que se ven involucrados en el abuso sexual en la niñez, ni a la forma adecuada de abordar el problema. En este sentido, el artículo abre múltiples posibilidades de discusión al partir de lo expresado en él.

Referencias bibliográficas

- Abdalá, L., Reynes, M., y Muñoz, G. (1995). *Maltrato al menor*. México: Nueva Editorial Interamericana.
- Andolfi, M., y cols. (1993). *Dimensiones de la terapia familiar*. Buenos Aires: Paidós.
- Besten, B. (2001). *Abusos sexuales en los niños*. Barcelona: Herder.
- Bertalanffy, L. (1984). *Teoría general de los sistemas*. México: Fondo de cultura económica.
- Covac-Unicef. (1995). *Manual sobre maltrato y abuso sexual a los niños*. México: s/editorial.
- Finkelhor, D. (2005). *Abuso sexual al menor*. México: Editorial Pax.
- García, R., Raya, A. (1998). *Aplicación de los principios sistémicos como agentes preventivos de las relaciones incestuosas*. Tesis de licenciatura. UNAM campus Iztacala.
- McCary, J. (2000). *Sexualidad humana*. México: Manual moderno.
- Rodríguez, R., Aguilar, J. (1995). *Hijo de tigre pintito*. México: SEP.
- Notimex. (2008, noviembre 26). *Sufren abuso sexual 20 mil niños en México*. El universal.com.mx, extraído desde: <http://www.eluniversal.com.mx/notas/558622.html>
- Sullivan, E., Everstine, L. (2004). *El sexo que se calla*. México: Editorial Pax.
- Trepper, S., Barrey, M. (1989). *Systemic treatment of incest*. New York: Brunner/Mazel Publishers.